

QUO VADIS?

Derroteros de Occidente



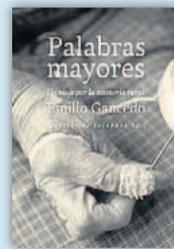
EL EXILIO DE DIOS

Lluís Duch, Fragmenta, 94 pp., 11,90 €.



EL ODIOS A LA POESÍA

Ben Lerner, Alpha Decay, 96 pp., 17,90 €.



PALABRAS MAYORES

Emilio Gancedo, Pepitas de Calabaza, 368 pp., 22 €.



'DESPRECIO DEL MUNDO Y ALEGRÍA DE VIVIR EN LA EDAD MEDIA

Emilio Mitre, Trotta, 196 pp., 16 €.

Hacia el final de su artefacto narrativo 'El enfermero de Lenin' (Periférica), que comentábamos en el artículo anterior, Valentín Roma dedica un sustancioso capítulo a analizar la naturaleza y desarrollo de la revolución a partir del grotesco, por emplear un adjetivo, no se me ocurre otro mejor, fusilamiento de Dios con disparos hacia el cielo como culminación del vamos a llamar proceso emprendido por el comisario Lunacharski. A este respecto, no debería caer en saco roto la afirmación taxativa, so capa de pregunta retórica, de Steiner: «La única pregunta inextirpable en el hombre: ¿Existe o no existe Dios?, ¿tiene o no tiene significado el ser?».

Me he acordado al leer 'El exilio de Dios' (Fragmenta) de Lluís Duch, que trata, grosso modo, de la cuestión e imagen de Dios en los albores del presente siglo, asuntos por una parte curiosos por lo inusuales al margen de la teología y, por otra, temerarios, ya que toda aproximación corre el riesgo del reduccionismo epidérmico. Además, como es consiente el autor, de hacerlo en un contexto posmoderno, al que aplica una triple y justa adjetivación que echaría para atrás: movedizo, complejo e inconsistente. De hecho, atribuye el definitivo «desmoronamiento del edificio religioso», al que empezó a demoler la piqueta ilustrada hasta dar en lo que Duch denomina «exabrupto», el certificado de defunción del forense Nietzsche de todos conocido, a la «Modernidad psicológica» que Jean Baudrillard detectara en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX.

Relaciona, de entrada, la pervivencia de una religión sin Dios, «a la carta», con el

éxito de los libros de autoayuda, a causa de la pérdida de una cultura secular tanto entre el clero como entre el laicismo preponderante. En este sentido, es muy duro con el «aparato eclesiástico», al que culpa de inhibición y de mirar para otro sitio. No sé si lleva o no razón, en todo caso la deriva social por esos derroteros me parece evidente. Como consecuencia, Duch acude al teólogo alemán Peter Hünermann para constatar que Dios se ha convertido «en un extraño en su, en nuestra, propia casa». A tal punto que, ante la consolidación de los adelantos científicos y técnicos, en el Occidente secularizado y desacralizado, con rebrotos gnósticos y esotéricos, ha devenido, y la comparación no es baladí dado el vago sincretismo producto de la globalización que se adivina, al modo de algunas tradiciones africanas en un 'deus otiosus', superfluo incluso.

Más allá de lo atinado o errático de sus planteamientos al dilucidar la innegable crisis o hastío de Dios, de incógnito casi, en nuestra sociedad, y de lo pertinente de la salida ética muy Levinas que aporta: acercarse y reconocer al prójimo para así aproximarse a lo divino, puede afirmarse que Duch no desperdicia palabra alguna, tal es su capacidad de síntesis y de ir al grano, y que sus fuentes, la mayoría sin traducir al español, se antojan inmejorables.

De alguna manera, no sé bien cómo, acaso sea un vínculo disparatado, la caída en desgracia de la poesía –Mestre dixit– en la sociedad contemporánea intuyo que está relacionada con el destierro de Dios, quizás en cuanto a su afán de absoluto y de trascendencia, que se juzga irrisorio. De esto último se ocupa el joven Ben Lerner, natural de

UN
ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN
HERRERO



Kansas, según la solapa, poeta y narrador de referencia de su generación, aparte de ensayista, en 'El odio a la poesía' (Alpha Decay).

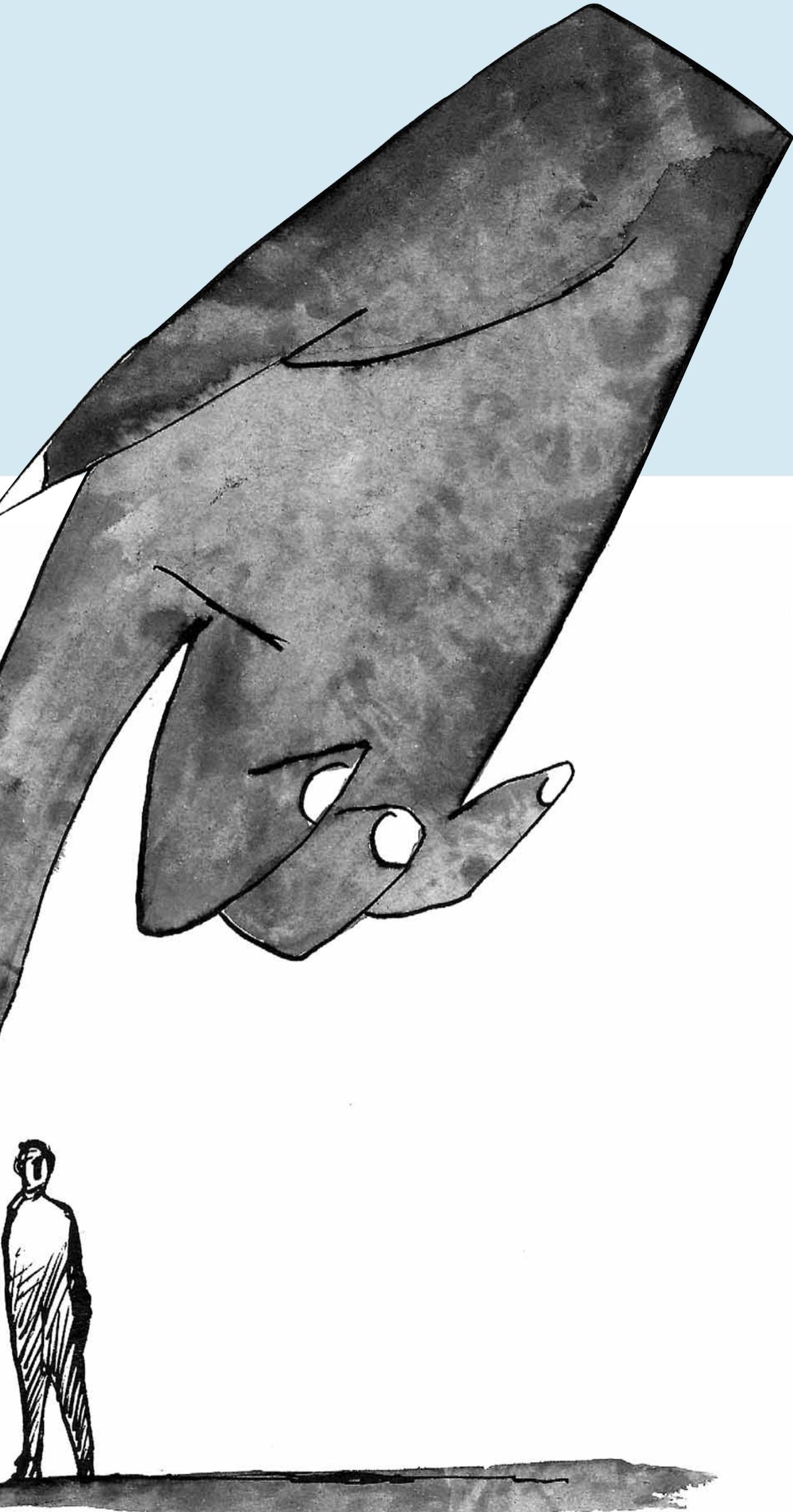
Todo empieza cuando una profesora de literatura le insta de adolescente a memorizar un poema, ejercicio en desuso en esta época tan desmemoriada, y por pura vagancia escoge, erróneamente, dada su dificultad mnemotécnica pese a su brevedad, el poema de Marianne Moore, 'Reflexión de signo negativo o especie de afirmación maniaca', en el que confiesa que la poesía le desagrade de antemano, pero que al cabo hay en ella algo auténtico, vete a saber qué. La elección funciona como detonante para enjuiciar el estatus de la poesía entendida al modo antiguo, como celebración del «principio de las cosas creadas» por encima de lo finito y lo histórico, en los malos tiempos actuales para la lírica.

Lerner se pregunta por la naturaleza de un arte que paradójicamente «asume la aversión de su audiencia» al tiempo que proclama su amor y odio, su denuncia y defensa, al unísono, de la poesía. Un arte en el que el resultado, el poema, «es siempre el registro de un fracaso». Luego, tras cotejar a Keats y Dickinson con un versificador pésimo e inepto a fin de calibrar el verdadero lugar de la poesía, que a seguido escruta en Whitman para acabar enredándose y desbarriendo un tanto con el análisis de una obra de crítica, analiza el porqué del desprecio y de la hostilidad ambiental, con los vanguardistas desde siempre, por supuesto, a la cabeza, hacia la poesía, al cabo resultado de su «amarga lógica», en vez de la «mera indiferencia» frente a algo sin utilidad práctica, que se remonta ya a su expulsión de la República en

los diálogos platónicos, para concluir, sorprendentemente, que «esa suspicacia es la base para una intuición de lo ideal» y que por eso, como adelanta al inicio del ensayo, «todos somos poetas por el mero hecho de ser humanos». O así debería ser. No puedo estar más de acuerdo.

El mismo estupor que deja la lectura de los libros anteriores se infiere de los testimonios que le transmiten los viejos del lugar, por los pueblos de España, desde Galicia, «país de musgo y granito» a Extremadura, toda la Península de Oeste a Este y de Norte a Sur, con incursiones en Gran Canaria y Menorca, y que nos ofrece en 'Palabras mayores' (Pepitas de Calabaza) el «viajante» y periodista leonés Emilio Gancedo, hombre de pocas palabras propias, maestro en encaminarnos hacia las ajenas: una delicia en medio de la devaluación y estandarización expresivas imperantes.

A lo largo de todo el espacio patrio, con el retrovisor puesto en un tiempo que periclitita, en una civilización que agoniza, «que se va evaporando como niebla al sol, de manera imperceptible e imparabla», Gancedo rescata recuerdos que son enseñanzas de la edad, «donde reside o se refugia, hoy, la sensatez», de nuestros viejitos del campo o de la mar –muchos, inolvidables: el minero penibético, el hurdanero metido a político, el ganadero del Tajo, el cisquero como Tasio... y entre ellos Exuperio, Supe, de Llano de Olmedo–, de la España abandonada, a quienes más nos hubiera valido haber escuchado con atención y hacerles caso. Aparte traza, al hilo, la intrahistoria de un país olvidado, que se regodea en el charco epidérmico e infecto de narcisismo del bienestar. Es muy valioso para saber de dónde



venimos y «la raíz de las cosas», todo lo que se va perdiendo frente al triunfo del furor atolondrado, sin respeto alguno, de la juventud, que campa a sus anchas y debería conocer las fatigas pasadas para que se pueda vivir «como reyes»: a los ancianos de Gancedo les parece de coña la actual crisis de la abundancia.

La enjundia de lo que le van contando los paisanos –sus relatos y recordaciones, penurias y calamidades, sucesidos, cuentos tradicionales, milagros inclusive– es historia viva del siglo pasado, de la guerra y posguerra en particular, «otro sistema de vida», según un ganadero menorquín, se acompaña de un castellano valioso, una gozada, pues el autor confiere a sus reportajes un estilo literario que aúna gracia y finura hasta agavillar un libro espléndido en todos los órdenes, que siendo extenso se lee de un tirón.

También pudiera ser que el mundo sea así desde siempre y haya que tomárselo con flema barrojana, buen braseo y parca pero provechosa conversación. No recuerdo bien, de la carrera, si Huizinga en 'El otoño de la Edad Media', tal vez fuera Le Goff, no creo, en 'Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval', hablaba de 'la larga cadena de los seres' a raíz de la visión de la vida en los siglos oscuros como «sumidero de desdichas», al decir de Jiménez Lozano. Esta imagen la desmiente, la matiza más bien, el que fuera profesor de la Universidad de Valladolid –la primera cita del texto está ofrecida a Julio Valdeón– Emilio Mitre en 'Desprecio del mundo y alegría de vivir en la Edad Media' (Trotta).

El ensayo de Mitre, tan ameno como erudito, de prosa muy ágil, desarrolla, en torno a «la dialéctica (o coexis-

Gancedo rescata recuerdos que son enseñanzas de la edad, «donde reside o se refugia, hoy, la sensatez»

tencia) entre la frontal reprobación del mundo y su amable, e incluso jocosa, aceptación», una conferencia que dictó en la Complutense bajo el elocuente título 'Contemptus mundi et iuvat vivere (para una visión de la tristeza y el placer desde la Edad Media)'; combate «el estigma de época oscura y triste, reino de la ignorancia y el fanatismo», tomada por la «terrible triada de peste-guerra-hambre» que se atribuye al Medievo desde la mentalidad renacentista; e incide en que no nos debemos olvidar, por encima del «más lúgubre pesimismo», de la poesía provenzal y especialmente la goliardesca, además de juegos y distracciones festivas.

El libro desemboca en una salida sintética a la dicotomía entre el menosprecio y escarnecimiento del mundo y el júbilo vital, «de felicidad frente a las omnipresentes limitaciones de este mundo». E igual que el hombre medieval acudía a la literatura y a ciertos placeres materiales y dichas espirituales, a la sublimación como camino hacia la alegría; así, te invito, lector, a sortear las asechanzas de la época y del pesimismo antropológico y darte al disfrute mediante el pensamiento, la sensibilidad, la entrega solidaria o qué sé yo.